

*Cuando los inmigrantes chinos de los Estados Unidos huyeron de los trabajos del ferrocarril y de las reclamaciones de tierras, las tensiones raciales empujaron a muchos de ellos a la costa Este, donde comenzando alrededor de 1850, muchos se instalaron en New York City, en torno a la intersección de las calles Mott y Pell, en el Lower East Side de Manhattan. Antes de fines de siglo, unos doce mil chinos vivían en Chinatown y no habían hecho más que empezar a animar a los forasteros a comer en sus numerosos restaurantes. En la época en que Barnes escribió este artículo, en noviembre de 1913, Chinatown había estado desgarrado durante años por las sangrientas riñas de unas sociedades secretas rivales llamadas tongs. Aunque los seis tongs principales cumplían muchas funciones legales para con sus miembros, los neoyorkinos sólo asociaban los tongs con noticias de bandas de juego, fumadores de opio, asesinatos relacionados con el tong, prostitución y redes de trata de blancas.*

*El alcalde blanco de Chinatown, Chuck Connors, murió en mayo de 1913.*

ESTAMOS CASI DISPUESTOS a renunciar a nuestra búsqueda de la Bohemia. Tres de nosotros salimos la otra noche a descubrir Chinatown. Éramos valientes y no temblábamos; teníamos valor y no dudábamos del compañero. Pero el miedo nos pisaba los talones y nos aguijoneaba con una

sensación de peligro y de cosas terriblemente siniestras que estaríamos obligados a ver y en las que no debíamos entrar: una calle retorcida alumbrada por linternas de color rojo sangre; balcones a los que se asoma la China; altos y sutiles carteles escritos con las letras de las bolsas de té; un disparo en la noche; estrechas callejas que llevan a la más oscura China; salidas falsas y habitaciones con pesadas cortinas donde pequeños manojos medio muertos de piel y huesos amarillos chupan una pipa; las salas de baile y las mesas de té; la extraña música embotellada, o el escudo en forma de batutín de madera de teca y el tambor de piel estirada; chicas que envejecen en un año y hombres que se rién de la muerte. Esperábamos, los tres, comer *chop suey* como la cosa más suave que nos iba a suceder, y esperábamos terminarlo en el clamor de una guerra entre los tongs.

Mientras nos dirigíamos de Park Row a Mott Street, ¿nos alcanzó acaso alguna bola de fuego? ¡No! ¿Acaso unos chinos primitivos peinando coleta arañaron nuestras gargantas con sus uñas de seis pulgadas? ¿Se nos escapó repentinamente la *script* china y empaló nuestro valor sobre un pincel de madera de sándalo mojado en tinta escarlata? No.

—Quiero —murmuró el jefe de redacción de la sección de deportes lealmente—... quiero ver una linterna. Sobre todo, quiero oír el grito de guerra de un chino y después de eso quiero un pastel de arroz.

No hay *Chinatown*.

Hay unas cuantas sacas de té a un cuarto el paquete; hay algunas tiendas de comestibles donde ningún ser humano podría moverse, con altos montones de extraños artículos. Hay unos pocos carteles desgastados por la intemperie balanceándose en el aire. Hay unos pocos chinos, pero ninguno de ellos provisto de arma peligrosa; ninguno llevaba coleta; apenas alguno vestía el traje tradicional oriental. En toda la tarde sólo vimos a una mujer aparte de Miss Florence, la encargada de la misión. Y no hubo rostro alguno que escurriera tras las cien ventanas oscuras.

¿Dónde estaba el Kelly, el Jimmy Kelly, la sala de baile con cortinas de estaño? Un sótano ruinoso, una camada de cachorros de dogo, un gruñido en la oscuridad, un tropel

que subía, una luz en la penumbra, mesas apiladas en un rincón, enmoheciéndose; pequeños pasillos que conducen a otra casa y a calles traseras; lámparas sin luz; una enseña de tabaco, retorcida; y en medio del suelo, con dos centímetros de polvo cubriendo su gloria, un diván para opio de cuatro plazas, incrustado de perlas y abandonado a la decadencia. Ese era el Kelly: polvo inmutable, nada más.

¿Y qué hay del Mandarin Club? ¿Qué hay del teatro chino con sus funciones de cien actos? El último es una misión, donde los hombres se achicharran y se hacen cristianos.

¡Oh, las glorias pasadas! ¿Pero qué puede uno esperar, cuando las aceras escupen a la gente al medio de la calle? La China sigue el camino recto y estrecho de la necesidad. Sólo de vez en cuando se da uno cuenta de que el barrio está habitado, con tan silencioso paso caminan sus habitantes; viven en el ámbito de su propia mente y no comunican nada a su vecino. Quizá a causa de la monotonía de su vida, su arte no logró alcanzar el punto álgido, y se satisfizo con un tono sordo y una superficie plana.

En todo el barrio sólo pudimos descubrir dos linternas chinas. Habían sido usadas como decoración de la cocina de un restaurante cuando los chinos cocinaban para potenciar el apetito; una cocina impoluta, maravillosa, colmada de vegetales y carne picados impolutos y maravillosos.

La China ha dejado de servir al diablo y está sirviendo a América. Y a pesar de que no hay *Chinatown*, es difícil intentar describir el lugar que ha perdido sus salas de baile, sus pipas de opio, sus antros y sus horrores, su color y sus orgías, sus riñas y sus Chuck Connors; porque en su muerte es aterradora.

Por el tortuoso extremo de Doyers Street aparece el único mendigo que la calle conoce —muy encorvado, quejándose en voz alta—, pues el hierro se convertirá en agua, y las colinas se moverán y caminarán, y el cielo se partirá y sucederán milagros, antes de que un chino sienta que se desprenden las plúmbeas capas de las paredes del corazón y pida limosna. Ahí estaba, mendigando con gestos amplios y lamentosos, sin esperanza alguna de éxito, un cuerpo amar-

go, tambaleante, roto, retorcido, siguiendo su camino por un callejón roto y retorcido.

Durante leguas, el cielo aparece azul oscuro, salpicado de estrellas, hasta que alcanza ese espacio que se asoma sobre las calles Mott y Pell. Aquí el cielo se va y las estrellas mueren, y sólo hay un abismo negro, impenetrable, por encima, un agujero abierto y negro en la eternidad, profético a causa de los chinos que se apresuran furtivamente bajo él, que no obtienen ni disgusto ni placer del sonido de sus interiores familiares y tampoco deleite ni disgusto alguno del sonido de los exteriores de sus vecinos.

Cuando por fin conseguimos los tres apartarnos de puntillas del camino del abrazo cantarín y oracular del custodio de la casa del destino, que se inclinaba con ojos poco amistosos sobre la fila de muñecas «que crecerán»; tras el interminable e indistinguible murmullo a los dioses caídos y tras penetrar densas nubes de incienso, bajamos una escalera sucia y gris y atravesamos un pasadizo y reptamos, resbalando como sombras monstruosas, de puerta en puerta, con los ojos abiertos de par en par, buscando un chino y esnifando el penetrante olor de adormidera que apuesta su vida a que puede conquistar al hombre.

El jefe de redacción de la sección de deportes abrió de pronto una puerta, y los tres irrumpimos en una habitación. Puede que la derrota de Waterloo fuera grande, pero no tan grande como la derrota del chino que allí había. Allí estaba, desafiante, acorralado, con la pipa en la mano, sobresaltado y despertando de un sueño, jugando el arriesgado juego de no ser descubierto. Jugueteó con una botella de aceite color ámbar y nosotros le sonreímos. «Déle a la pipa, abuelo», dijo el jefe de redacción de la sección de deportes, y en la oscura habitación llena de humo, el chino de ojillos almeñados que lentamente se iban empuqueñeciendo más y más, volvió a recaer en su sueño.

Y entonces desfilaron el *chop suey* y el té, té inimitable que nunca sabe lo mismo fuera de su elemento: la taza azul sin asa, los adornos de cuentas, y las mesas cuya taracea de nácar se han cepillado los turistas pensando que podían llevarse en el bolsillo la esencia de *Chinatown*; los divertidos

camareros negros y silenciosos, que dominan a Webster lo suficiente como para escribir la factura en inglés; el Oriente entreterado con los americanos que fueron suficientemente estúpidos como para romper la calma de un ambiente extraño con una repentina sonrisa escarlata, acompañada por una palabra de *slang*.

Entonces sonó la música, confusa más allá de toda proporción, cuando de las claves de un piano escandaloso surgió contorsionándose un tango, en golpes cortos y espasmódicos. Hubo un gemido, producido por manos extrañas —manos que extrajeron la única música que el instrumento podía producir— en verdad, un dios pagano cantando coplas inglesas.

Y sobre el piso, con el movimiento suelto y rítmico del tango, como la portilla de un prado que se ha vuelto loca sobre sus goznes, los yankees bailaron, haciendo sonar sus dedos, dando vueltas, tarareando. Nosotros observábamos desde las cortinas de seda mientras nos bebíamos el té, y el jefe de redacción de la sección de deportes realizaba su sueño de pastel de arroz, y el pequeño chino miraba con ojos entrecerrados, inmutables, pues se le había pagado para que tuviera la puerta cerrada.

Por esto habíamos entrado, y a causa de esa entrada tuvimos que ver, y vimos y quedamos decepcionados al descubrir que ninguna nación puede recorrer la gama del mal; ninguna raza puede vivir tan peligrosamente sin que al final la redención no tienda la mano con sus exigencias. Estábamos decepcionados, pero no tristes; teníamos esperanzas pero no nos quedamos con la sensación de haber perdido la velada. Recordábamos el té, y sabíamos que habíamos rozado el borde del más negro crespón.

Volvímos. Detrás nuestro, a la vuelta de la esquina prohibida, estaban las luces de Park Row. Junto a nosotros un chino cortaba pedazos de caña de azúcar y dentro de una habitación poco iluminada, un doctor oriental estaba sentado, afanándose con sus hierbas y sus balanzas, y los restantes esparcían sus cálidos y agradables aromas sobre el aire pesado. Y así salimos del lugar en el que los ídolos yacen

soñando y el pastel del Año Nuevo se hace polvo y las cortinas de estaño del Kelly, tan ciegas como la muerte eterna, y la casa donde Chuck rindió el ánimo y donde los que rezan se enredan en los salientes de un lenguaje erizado, pero el corazón llora de verdad. Y cuando pasábamos por las luces del Row que nos hacían señas y guiños, el jefe de redacción de la sección de deportes dijo lentamente:

—Bueno, hemos tomado el pastel de arroz y hemos visto las linternas, pero ahora ya no hay nada que pueda hacer gritar a un chino, porque el polvo y las ruinas de un glorioso funeral caerán sobre él y le enterrarán en sus cenizas. Vayamos a la Calle Cuarenta y Dos y a algún baile.

*Chinatown* es una fase que el alfabeto de nuestra ciudad tiene que sobrepasar.

No hay *Chinatown*.